

TÍTULO : RECUERDOS DE MI INFANCIA

SEUDÓNIMO : BERTYDU

TEMA : RESILENCIA - AVENTURA

RECUERDOS DE MI INFANCIA

Comienzo mi historia contándoles que provengo de una familia compuesta por mi padre llamado Juan, mi madre Mercedes, mi hermano mayor Eugenio, mi hermana que me antecede Isabel, mi hermano menor Paulo y yo Bety. Mi padre trabajaba en el campo y mi madre era dueña de casa. Vivíamos en una casa grande ubicada entre el campo y un pequeño pueblo llamado Porvenir. La casa contaba con jardín, un gran patio, plantaciones de árboles frutales y también se sembraban verduras, hortalizas y tenía un gallinero con patos y gallinas que atendía mi madre.

Asistíamos a un colegio rural cercano a nuestra casa y mi padre nos ayudaba con las tareas porque tenía más preparación que la mamá que apenas sabía leer y escribir. Éramos una familia tranquila y feliz a pesar de los escasos recursos económicos provenientes del trabajo de mi padre, pero mi madre era muy ingeniosa y se las arreglaba para hacer durar el dinero y preparar ricos guisos. Se notaba que había amor entre ellos y eso nos alegraba mucho.

Con nuestro padre vivíamos entretenidas aventuras, con ese rico nerviosismo y sentimiento de incertidumbre ante los acontecimientos que están por llegar; nos llevaba a pasear en el tren local, pero no como pasajeros sino en la locomotora al lado del conductor para que viéramos como funcionaba un tren de verdad. Cómo lo lograba? Era un misterio para nosotros, pero con el don de la palabra que tenía siempre conseguía lo que se proponía para sorprendernos y hacer de este viaje algo mágico, maravilloso e inolvidable. En casa jugábamos con él al trencito recorriendo todas las piezas; él era la locomotora y nosotros en fila detrás de él tomados de la ropa por la cintura éramos los carros cantando “talán chiquichi talán chiquichi “ y al pasar por la cocina tomaba a mi madre del delantal y la incorporaba al trencito cantando también junto a nosotros. Era muy entretenido este juego porque salíamos de la rutina y nos acordábamos de nuestros viajes en un tren de verdad.

Para Navidad nos invitaba a otra aventura para desarrollar nuestra mente e imaginación y darnos una oportunidad para aprender y crecer;

debíamos adornar el árbol de Pascua pero a su manera y para ello nos hacía poner motas de algodón en las ramas del pino natural simulando la nieve que caía en el hemisferio norte y que a él tanto le gustaba y algunos adornos con papeles brillantes, luego ponía pequeñas velas de cumpleaños amarradas con un alambre en distintas partes del árbol para encenderlas por un breve momento en Nochebuena y evitar así que la llama de las velas incendiara el árbol. No podía faltar el Nacimiento del niño Jesús y cantar Noche de Paz, Noche de Amor. Este era otro momento mágico en familia y felices y emocionados nos íbamos a acostar porque a la mañana siguiente recibiríamos un sencillo regalo de Navidad que debíamos buscar por distintos lugares de la casa, el jardín o el patio; otra aventura muy entretenida.

Así transcurría nuestra infancia, éramos felices con tan poco, cómo salir en las noches al patio a mirar las estrellas, sus constelaciones y enseñarnos nuestro padre la importancia del universo. Con su relato volaba nuestra imaginación y nos sentíamos importantes por los conocimientos adquiridos, todos aprendíamos con él, incluso mi madre que nos acompañaba siempre. En ocasiones, como una gran sorpresa porque nunca sabíamos que nueva aventura tenía preparada para nosotros, nos llevaba al cine local y a tomar helados en el pueblo para que mi madre descansara un poco de la crianza de sus cuatro hijos, pero antes de salir se preocupaba de ponernos la mejor ropa y peinarnos con unas lindas cintas en el pelo a las mujeres y engominar el pelo a mis hermanos, mientras mi padre leía tranquilamente el diario y cuando estábamos listos salía muy orgulloso con nosotros despidiéndose con un beso a mi madre. También disfrutábamos mucho escuchar sus aventuras de niño con sus padres siendo hijo único y sentirnos muy protegidos y seguros en nuestro hogar cuando rezábamos con él todas las noches en nuestras camas antes de dormir.

Todo iba bien en nuestras vidas teniendo siempre en casa a la mamá para todo lo que necesitábamos siendo aún niños, pero lamentablemente nuestro padre enfermó de gravedad y fue hospitalizado. Como no pudo seguir trabajando, mi madre entonces tuvo que buscar trabajo cerca de la casa para no desatendernos del todo y procurar dinero para mantener el hogar. Al poco tiempo mi padre falleció y nuestra vida cambió por completo. Nos sentíamos muy solos y desamparados porque llegábamos del colegio y no estaba la mamá para servirnos la comida, o conversar con ella lo que habíamos aprendido en clases, tampoco nadie nos ayudaba con las tareas que daban en el colegio. Fue un cambio tan brusco en nuestras vidas porque aún éramos pequeños; mi hermano mayor tenía

11 años, yo 9, Isabel 5 y Paulo 4 años. La pérdida del papá fue una etapa muy triste y dolorosa, lo extrañábamos demasiado, fue un largo duelo para todos. Mi madre tenía que seguir trabajando y cuando llegaba a casa no descansaba porque debía preparar nuestros alimentos, hacer aseo, lavar y planchar y hacer las compras. Su carácter cambió mucho, se comunicaba poco con nosotros, andaba malhumorada casi siempre y tuvimos que aprender a hacer tareas domésticas cuando volvíamos del colegio para ayudar en algo a nuestra madre, incluso aprender a cocinar y hacer compras.

Con la partida de nuestro padre se terminaron todas las entretenidas aventuras, no más salidas de casa ni escuchar historias que hacían volar nuestra imaginación, también se terminaron los rezos antes de dormir y los preparativos para Navidad, tampoco teníamos ayuda en las tareas del colegio, nos quedaban sólo lindos recuerdos y extrañábamos demasiado su compañía, pero nos dejó sus enseñanzas y sobretodo abrir nuestra mente con nuevos conocimientos que fuimos adquiriendo poco a poco en honor a él a medida que íbamos creciendo. Teníamos que adaptarnos a esta tragedia y adversidad y para evadir esta dolorosa situación, cada uno de nosotros empezó hacer lo que quería porque no había ningún adulto en casa que nos controlara o guiara en el transcurso del día. A veces faltábamos al colegio para quedarnos jugando en casa o visitábamos a los vecinos para jugar con ellos y la mamá ni se enteraba.

Creo que no fui buena hermana con los más pequeños porque los dejaba hacer lo que querían y no los corregía. Tampoco yo tenía un ser protector a mi lado y era más fácil para mí vivir mis fantasías y evadir un poco la responsabilidad de hacerme cargo de mis hermanos.

Para llenar este vacío que dejó mi padre al fallecer y la ausencia de mi madre en casa por su trabajo, inventaba juegos en mis ratos libres; era muy creativa y gran parte de ellos los hacía sola y me entretenía bastante, sobretodo en época de vacaciones escolares porque tenía todo el tiempo para volar con mi imaginación, por cierto una vez terminadas las tareas domésticas que me encargaba mi madre. En el sitio se sembraba maíz y cuando aparecían los choclos era muy feliz porque apenas le crecían los pelos les hacía trenzas, moños o colas de caballo con lanas de distintos colores y les ponía nombre de mujer. A los choclos con pelos cortos los peinaba para el lado o los recortaba un poco porque eran los varones y les ponía nombres de hombre. Así podía estar tardes

enteras recorriendo las hileras de maíz e inventaba romances entre los choclos, se mandaban saludos, los juntaba para que se besaran y hasta propuestas de matrimonio hacía entre ellos. Este entretenido juego me duraba hasta que mi madre en sus días libres iba a sacar los choclos maduros para cocinarlos y convertirlos en unas ricas humitas o pastel de choclo. Me daba pena como terminaban mis amigos choclos, pero disfrutaba mucho comerlos *también*.

En ocasiones le predicaba a los árboles o arbustos que había en casa, como si fueran verdaderas personas para transmitirles la Palabra de Dios, que tanto me gustaba escuchar en el colegio católico donde estudiaba, imitando de esta manera a un grupo de evangélicos que algunos fines de semana se paraban casi frente a nuestra casa a predicar y cantar lindas canciones religiosas acompañados de guitarras y acordeón que logré memorizar para también cantárselas a los árboles y arbustos con mucha devoción y a viva voz, sin vergüenza alguna porque además nadie me observaba.

Algunas veces invitaba a mis hermanos pequeños a viajar por el mundo en una entretenida aventura y para eso en una parte del sitio donde se sembraba trébol para los animales domésticos que criaba mi madre, enterraba palos con distintos letreros donde escribía el nombre de un país, generalmente europeos, y los ponía en distintos lugares procurando que estuvieran en la ubicación parecida al mapa real. Entonces yo era el avión y mis hermanos debían pagarme de mentira el valor del viaje al país que querían visitar. Me los subía uno cada vez en la espalda (al apa decíamos) y corría con él o ella con los brazos extendidos como alas de avión lo más rápido que podía al país elegido, generalmente los más lejanos y ahí los dejaba al lado del letrero invitándolos a que disfrutaran con su imaginación su estadía y las maravillas del país, como el Vaticano y el Coliseo Romano en Roma, la torre Eiffel y Arco de Triunfo en París, el río Danubio que pasaba por varios países como Alemania, Austria, Hungría, Rumania. Se aburrían un poco esperando que los fuera a buscar para visitar otros países mientras yo descansaba en el “aeropuerto”, una pequeña banca de madera ubicada en un extremo del sitio. A mi hermana Isabel no le causaba gracia alguna quedarse parada al lado del letrero porque por su corta edad desconocía las maravillas de los países que visitaban y que yo les mencionaba, e instaba al pequeño Paulo para llamarme e interrumpir mi breve descanso para luego emprender el viaje a otro país. Para mi era muy cansador este juego por mi contextura delgada, pero me encantaba hacerlo porque volaba con mi imaginación

y me servía para viajar de mentira y ubicar los países de acuerdo a los mapas que tanto me gustaba revisar en mi ramo predilecto como era Geografía.

Mi hermano Eugenio no participaba de nuestros juegos porque era más grande, serio y prefería salir a juntarse con sus amigos, pero en las vacaciones trabajaba siendo un niño aún de temporero en el campo o en cualquier trabajo para aportar económicamente al hogar. Era el regalón de nuestra madre y siempre fue un gran apoyo para ella.

Para mi era muy fácil levantar los pies de la tierra y salir volando con mi imaginación e inventar juegos y fantasías, este fue un gran recurso al que me aferré para evadir mis penas y la gran soledad que sentía, resiliencia le llaman ahora, porque con mis hermanos no estábamos preparados para enfrentar la vida sin nuestro padre, pero mi madre no podía hacer lo mismo y empezamos a entenderla y valorarla porque después de llevar una vida tranquila, con un esposo cariñoso que siempre la piropaba, tuvo que asumir la tremenda responsabilidad de criar a sus cuatro hijos sola y de a poco fue superando su gran pena y el enorme vacío que quedó en su vida, haciéndonos ver que teníamos que adaptarnos a las nuevas circunstancias y apoyarnos entre todos. Después de un tiempo la sentíamos más cercana y cariñosa con nosotros y siempre nos recordaba las enseñanzas que nos dejó nuestro padre para que nunca lo olvidáramos y de esta manera estaría siempre en nuestros corazones y nos ayudaría para salir adelante en la vida como lo había hecho ella

